

**Alberto Dallal**

# **PARAISO E INFIERNO DE LA PASION**

El amor-pasión carece de anécdotas porque su origen no se halla en situaciones específicas, sino en la ansiedad de los seres que sólo existen para propiciar un encuentro fundamental siempre renovado. Esta ansiedad, la búsqueda del absoluto, el afán de la muerte, sugiere la única anécdota posible y transmisible. El amor-pasión sueña la muerte —la posesión total y definitiva de su objeto— en términos de acto premonitorio, en términos de imagen; y cuando sobreviene el milagro y el sueño se hace vida, el milagro y la vida recomienzan. De ahí que de la fuente del amor-pasión se hayan nutrido la religión y la literatura y de ahí que el amor-pasión constituya el punto de coincidencia, la esencia misma de la relación entre ambas manifestaciones del espíritu. Cristo se hace mito en la medida en que propicia el entendimiento, la complicidad literaria a través de su pasión por la especie humana, a través de su “padecer para redimir”. La única forma posible y verdadera de narrar las acusaciones, los fines, los misterios, los recuerdos del amor-pasión consiste en aceptar la muerte de los actores del fenómeno como una entrega eterna, como una acción sublime que ocurrirá en el futuro y que transformará, haciéndola única, la realidad actual de los protagonistas del drama. Es decir, la inmortalidad es el objetivo secreto de los seres de pasión.

Por tanto, gracias a su ansiedad, los seres pasionales, una vez transpuestos los obstáculos que la sociedad les impone, construyen los caminos que conducen a una realidad superior. Ésta no es región de ángeles ni de incomprendidos, no es torre de marfil, sino sencillamente universo más perfecto al acecho del cual se hallan dirigidos los esfuerzos del hombre común. No es, tampoco, paraíso al que aspiren los seres puros o amantes de la contemplación, ni infierno para los pecadores o los transgresores de las leyes humanas. Su antítesis más bien se parecería al purgatorio, lugar en que, según indica el *Tratado* de Santa Catalina de Génova, las almas poseen sólo una pena: el retardo eterno; lugar en el que “Dios mantiene el fuego hasta que se consuma —en cada alma— toda imperfección”. La realidad superior es, entonces, ámbito de manifestaciones profundas, lugar de vibraciones, lugar de rechazo al *status* natural. Hacia él se sienten atraídos todos aquellos que han transitado por el infierno de la muerte en vida o por el paraíso de lo gratuito, de lo insensible. Así como, según Schiller, “es a través de la belleza como se llega a la libertad”, a la realidad superior se arriba a través de la pasión hecha inteligencia, cuando los atributos de la cultura humana —comprensión, solidaridad, bondad, fuerza, arte, etc.— han pasado a ser dominio del pensamiento. Por eso los que habitan el mundo de la realidad superior no permanecen aislados, pues tienen la capacidad de remitirse, en cualquier momento, a

cualquier punto del mundo material que nos rodea para entenderlo y superarlo. Por eso la realidad superior no implica evasiones, sino antes que nada, enfrentamiento a la realidad inferior y cotidiana.

Para los seres de pasión, cada encuentro es un hallazgo consciente; evocado, soñado de antemano. Comúnmente se cae en el error de malinterpretar a los protagonistas de una pasión, de llegar al extremo concluyente de que un ser de pasión o bien lo sabe todo o bien vive en la incongruencia. El amor-pasión, al realizarse, es un punto medio entre el misterio y la explicación, entre el abandono y la lucidez, entre la emoción pura y el razonamiento. Su existencia resulta detectable para el pensamiento cuando advertimos que una de las partes ha definido su destino: el objeto de pasión opaca a los otros niveles de la realidad y su brillo prevalece por encima de las demás formas esenciales del existir. Este instante —el reconocimiento del objeto de pasión— significa para el ser de pasión no sólo la única, valedera posibilidad de percibir su destino y obtener la salvación, sino también el suceso que de manera directa señala, aunque sea instantáneamente, el camino de la perfección, pues la pasión, siendo una energía fundamental, el más intenso de los sentimientos, ha ofrecido al hombre occidental la única vía para manifestar actitudes “no-retroactivas”, es decir, confrontaciones con lo que por siglos hemos denominado castigo. No sólo los protagonistas del drama están conscientes de la poca importancia, de la nulidad casi absoluta que, en el trance que viven, les ofrece el señalamiento de que cometen un pecado “irremediable”, infernal. También el espectador (en este caso con todo y sus prejuicios) tiene que aceptar una variante en su visión moral del mundo: si los personajes del amor-pasión viven al margen del sentido del pecado, del castigo (o, en su defecto, de la dicha eterna), sobreviven, en cambio, en una zona intermedia entre la divinidad (el ser inmortal) y la muerte (la nada). ¿Y no es cierto que esos mismos testigos, ahora perplejos, esos mismos observadores habían acudido antes, como sus padres, abuelos y bisabuelos, embelesados, a aceptar la redención ofrecida por un Cristo real sólo en una zona intermedia semejante?

Nos acogemos a la figura religiosa de Cristo exclusivamente para iniciar un razonamiento, no para justificar una visión del mundo. El trastocamiento de las leyes religiosas y morales, según se deduce de los sucesos que caracterizan al siglo xx, ha ejercido su influencia en la historia. Pero por ahora no hay más. Algunos personajes de nuestra época han prescindido del razonamiento cristiano (cometiendo el error de los seres imperfectos), pero han transitado hacia la irracionalidad. Otros han mantenido el culto del esclavo, aquél que ya sin fuerzas se en-



trega porque así pudiese sentirse protegido. Sin embargo, el destino sólo se ofrece a los escogidos de la pasión.

Lo que carece de anécdotas es lo trascendente. Es decir, el amor-pasión es al amor lo que el pensamiento es a la representación. Cuando Hegel habla de representaciones se refiere a las casi imágenes lógicas de la inteligencia, mientras que al referirse al pensamiento parece hacer válida su existencia absoluta reconociendo su intensidad. Lo anecdótico carece de trascendencia porque con sus reglas se le permite al hombre pensar en cualesquiera formas que no contengan, simultáneamente, visión del mundo. Por eso la pasión no se halla cerca de la vida y sí de la muerte peor, que es la muerte anterior ("...asomarse a las entrañas puras / de un animal vencido...", dice Sara de Ibáñez). Por eso el amor-pasión contiene, en una simultaneidad trágica, al bien y al mal: sus formas de realización no guardan conexiones con las reglas establecidas por una sociedad o por una religión.

La pasión puede prescindir de las obligaciones institucionales porque es, en sí, un motor para avivarlas o una bomba para destruirlas. Puede afirmarse que constituye una enfermedad antropológica, cuyo reflejo más cercano se descubre en los intensos sentimientos de los dioses y los semidioses. El culto al amor de los griegos permanece como manifestación estética de una civilización superior, pero el relato de las pasiones de estos mismos seres se convierte en épica. Aún en el equilibrio clásico, la pasión se concebía como un destino que sólo los escogidos, por medio de la fuerza de la inteligencia, podían alterar. Así se convertían en dioses.

No sabemos hasta qué punto la historia, al influjo de la superior energía de los seres de pasión, ha sufrido las consecuencias de un viraje desesperado. No podríamos detectar el momento en que la historia se convierte en punto muerto para obedecer el mandato de seres que, al impulso de su desánimo, se sienten recorridos por la nada: el objeto de pasión se encuentra lejos, ha muerto o ha perdido la memoria, ha olvidado los instantes profundos durante los cuales nació y florecía el acoso y la violencia de la pasión. "La lamentación —nos enseña Dostoievsky— es sólo una necesidad de encontrar continuamente la llaga." Antes de surgir una figura carismática o un héroe, ¿no se ha hallado la humanidad en este punto en el que se anula toda posibilidad de manifestación, en el que sectores enteros de la especie se lanzan a la búsqueda de su propio vacío?

La época actual parece indicarnos un clímax: ¿no hay un periodo de tiempo, inmediatamente anterior, en el que el desenvolvimiento del hombre se ha detenido? La importancia de re-

conocer los "periodos oscuros" de la historia, de la ciencia y el arte radica en el hecho de que, ante la ausencia del pensamiento lógico, los hombres de estos periodos actúan a la deriva de la realidad y permiten que intervengan sus sentimientos más profundos e incluso sus sueños. Fechas históricas, universalmente reconocidas, de fantasía y magia, de mito y ensueño, que serán reemplazadas por épocas en las que ejerza su imperio "lo racional", lo cuerdo, lo prudente. En este sentido, Cristo representa la transición de una época a otra, el curso de la humanidad de un estadio en el que domina la pasión (a través del ejemplo que él mismo señaló), a otro, más ordenado y armónico, en el que se han transformado el sufrimiento en felicidad, la inconsciencia en conciencia, el caos en orden, la metafísica en física, el movimiento en institución; en una palabra: la pasión ha sido transformada en amor. Durante los periodos de nebulosidad intelectual la sabiduría colectiva puede integrarse a las prácticas mágicas, al mito, a las artes; en cambio, una vez terminado el proceso de transición, una vez alcanzado el clímax del orden del pensamiento lógico o dirigido, el conocimiento del hombre queda apresado, con manifestaciones comprensibles para la generación de la época y para las que le sigan, en la ciencia, la técnica y la filosofía.

Así como el amor-pasión que experimenta un individuo no puede ser captado en toda su intensidad a través de una anécdota, de una situación, de la misma manera las etapas oscuras de la historia no son comprensibles sino en las manifestaciones que expresen la profundidad de su experiencia expansiva y explosiva. El surgimiento y el posterior desarrollo de algunas artes dan fe de ello, al igual que las extravagancias de un hombre en particular ilustran el estado de su ser interior dominado por la pasión. La imprecisión con la que los prejuicios religiosos y sociales, una vez establecidas las instituciones, el orden, impiden el examen de los sentimientos individuales y colectivos, no nos hace olvidar que la energía que conlleva la pasión, sea experimentada por un hombre o por muchos hombres, constituye una riqueza excepcional a la que no se le han atribuido, hasta la fecha, sino mínimas excelencias. Probablemente los importantes experimentos que la humanidad está realizando en el campo de las drogas alucinógenas, el enfrentamiento a las generaciones e instituciones que configuran "lo establecido", la búsqueda de la libertad en el plano de las relaciones sociales y amorosas, no sean otra cosa que el intento de entender y dirigir la energía de la pasión hacia campos hasta ahora desconocidos. Lo que los mitos, las religiones, las artes, las revoluciones y los sueños no han logrado encauzar plenamente adquiere carta de naturalización en experimentos colectivos en



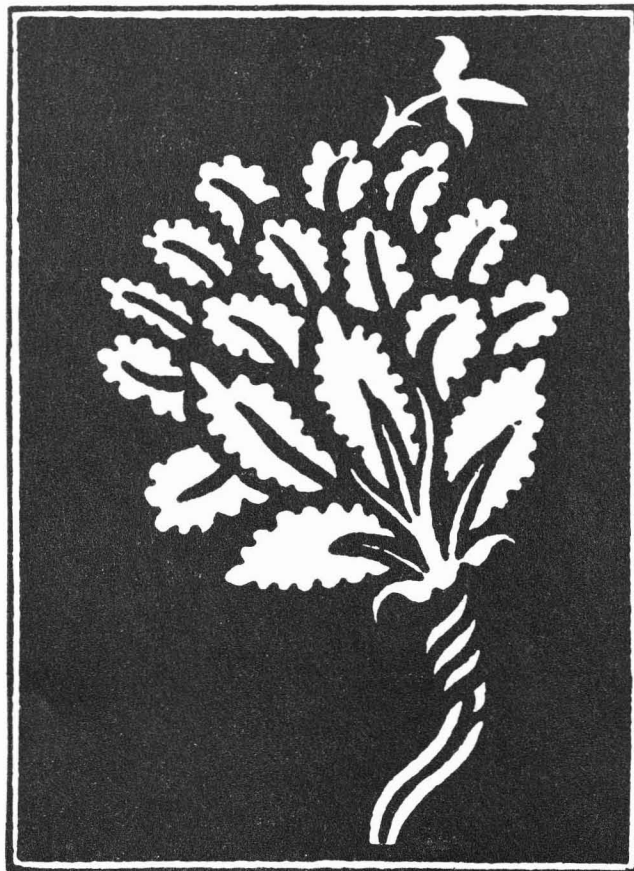
los que a todas luces interviene la pasión, como si la humanidad presintiera como destino la justificación de una energía como la pasión a través del conocimiento de la muerte, o como si la muerte sólo se justificara, para el hombre, a través de la energía de la pasión.

Llegamos entonces, al atisbo de una tarea que tenemos por delante: la manipulación de paradojas. "Los pensamientos —afirmó Nietzsche— son la sombra de nuestras sensaciones, siempre más oscuros, más vacíos, más simples que éstas". O sea: la inteligencia debe contaminarse, romper con los requisitos que impone el mal para alcanzar su conocimiento; debe apropiarse del misterio, invadir el infierno. O dicho de otro modo: el trabajo consistirá en diluir, aun en el mundo de las representaciones, las imposiciones morales de la historia; vivificar de alguna manera al lenguaje, el cual durante siglos ha ejercido una dictadura, pues como afirma Jung "el lenguaje es originalmente un sistema de signos originales e imitativos..." y si lo que nosotros consideramos nuestro medio de expresión más idóneo se halla inmerso en fórmulas simbólicas que sólo en lo más profundo de ellas toleran el mal, se vislumbra ya el rompimiento del lenguaje fosilizado de la tradición, la erradicación de los signos aparentemente vivos que sustentan a nuestra cultura, para pasar al ejercicio de la libertad, al reconocimiento de la pasión como fundamento de energías infernales y paradisiacas. El mal, lo demoníaco, deja de ser el impedimento para alcanzar un paraíso que se creó para unos pocos y en el cual reinaron sólo unos cuantos.

La imaginación, pues, nos permite adelantar algunos temas de reflexión: la pasión se convertirá en una parte de la realidad social después de adquirir legalidad a través de su reconocimiento como energía natural. De esta manera, la pasión participará también del encumbramiento de la conciencia, se apoyará en la armonía de los signos y símbolos del lenguaje y coincidirá con el "orden de las cosas" mediante un procedimiento en el que, como afirma Lotze, se abonan y enriquecen las leyes lógicas en movimiento. Si lo que ahí se muestra como parte de la realidad superior ha de coincidir con los avances de la especie humana, la pasión será reconocida como un aspecto muy importante de la comunicación entre los seres humanos y asumirá sus propias responsabilidades; expresará sus fines; adquirirá su propia dialéctica. De igual manera que el bien y el mal, tras el desarrollo de las religiones, se convirtieron en "actividades interiores de la voluntad", desde el punto de vista sociológico la pasión se destacará como colección de emociones y de placeres, poseedora de los mismos objetivos humanísticos. Cualquier actividad interior de la voluntad nutre al pen-

samiento. Se trata, pues, de que la pasión del hombre común no permanezca siendo un "juego automático de representaciones", sino que apoderándose del infierno de lo irracional, transite hacia la realidad superior y aporte a ésta lo que ya han aportado, en su momento histórico correspondiente, la pureza, la contemplación, la santidad, la bienaventuranza, bienes de los que está lleno el paraíso. El pensamiento dirigido, entonces, tendrá el mismo valor que el sueño y el fantaseo, y la riqueza de estos últimos se manifestará al hombre sin contratiempos.

El paraíso y el infierno son sueños de la razón, extremos del conocimiento. Pero estos sueños no existen con independencia, pues lo que conocemos de ellos no han sido sino imágenes que nuestra inteligencia nos ha entregado. El paraíso y el infierno se sueñan en la pasión y a través de ella subvierten el universo conocido. El mal no es el mal y el bien es aquello que de la pasión se ha trasladado a la inteligencia. No hay que olvidar que



la pasión nos remite a los sueños de la razón de una manera, digamos romántica, pertinaz, radical. El avivamiento de la pasión en la época actual sólo es comparable al rápido desarrollo que se realizó en el plano de la cultura cuando la humanidad primitiva creó y otorgó validez a los mitos.

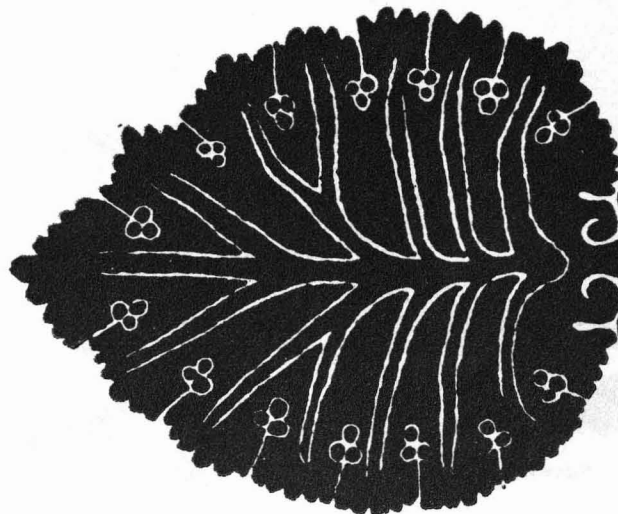
Ya en épocas remotas, por ejemplo en la creación del linaje de Caín o en el desprendimiento y rechazo de los ángeles rebeldes, se reconocía a la pasión como un móvil interior misterioso que se apoderaba del alma de los hombres para efectuar sus desaguisados. Es tal la fuerza combativa de esta energía, que la humanidad de aquella parte de la época bíblica tuvo que ser aniquilada hasta sus raíces por medio de un diluvio. Las conclusiones de estudios recientes sobre la pasión, casi todos ellos apoyándose en los métodos científicos del análisis (incluyendo el de Jung que reconoce en la pasión una fuerza libidinal expandida), otorgan a la pasión la capacidad de ir más allá de los límites de la mortalidad y de la terrenalidad e incluso explican cómo la pasión aniquila al hombre. Esta idea no es otra que la planteada tan brillantemente por Emily Brontë en *Cumbres borrascosas*. En esta obra se percibe una realidad superior, un paraíso-infierno creado aquí en la tierra por dos seres que, en un pacto profundo, se citan en un lugar y un tiempo más allá de la muerte. En la realidad superior convergen todas las fuerzas del espíritu y una de ellas, la pasión, que proviene de una realidad inferior natural y biológica, se convierte ahora en medio para lograr la perfección, pues aquellos seres apasionados que se interesan por los fenómenos de la realidad inferior lo hacen por afanes de entendimiento. "Heathcliff —afirma Albert Camus en su introducción a *El hombre rebelde*— en *Cumbres borrascosas*, mataría a la tierra entera para poseer a Cathie, pero no se le ocurriría la idea

de decir que este asesinato es razonable o justificado por el sistema. Él lo haría y ahí se termina su creencia. Eso supone fuerza de amor y carácter. Siendo rara la fuerza de amor, queda entonces el asesinato como excepcional y conserva por tanto su aspecto de efracción." Pero Heathcliff, añado yo, se encuentra ante una tarea de solitario: solo, construye su realidad superior y la energía de su pasión le permite vencer a los demás aquí en el mundo, excepto a Cathie, el objeto de su pasión, a quien, en cambio, considera —sabe— su cómplice. Heathcliff se supedita al destino y construye una realidad superior que sólo puede darse en la muerte. Heathcliff pertenece a la estirpe de los seres de vibración constante, como Mariana de Alcoforado, la que reclama: "Mi inclinación violenta me sedujo, y la consecuencia de esos principios tan deliciosos y felices —refiriéndose a los requerimientos de su amante— sólo son lágrimas, suspiros y una muerte dolorosa que no podré evitar con nada." Heathcliff, como Mariana, como Thérèse Desqueyroux, pueden incluirse, como lo hace Mauriac, "en esta clase de seres (¡una inmensa familia!) que no saldrán de la noche más que saliendo de la vida".

Sin embargo, no basta con localizar en la pasión la complicidad literaria. Cristo le ofrece al hombre la entrada al paraíso a través de la muerte y el ofrecimiento hace historia creando nuevas formas de vida humana, de vida cultural. La pasión de los personajes de la literatura nos ofrece, asimismo, una identificación, una complicidad. Pero ¿no es más importante la historia que nosotros mismos? ¿No es preciso hacer que se desarrolle la realidad inferior para que avance la realidad superior? ¿No es preciso que la energía de la pasión se haga historia? En este sentido, la muerte tiene un signo: va hacia adelante o va hacia atrás. Soñar no es lo mismo que mentirse a sí mismo. Idealizar no significa reprimir. La pasión colectiva puede ser monstruosa y destruir no sólo la realidad inferior, sino también toda posibilidad en el arte, en la ciencia, en el conocimiento, en la realidad superior. Si la pasión colectiva no se encauza hacia la realidad superior, el mundo puede acabarse tras una macabra anécdota. De ahí que sean los hombres que entienden la pasión los que dirijan al mundo. La pasión, en estos casos, se convierte en historia. ¿Por qué busca el apasionado revolucionario de nuestros días los pormenores de las revoluciones de antaño? ¿Acaso el interés por los sucesos del pasado le permitirán satisfacer su profunda inquietud y aplicar las enseñanzas obtenidas? Para el aguerrido dirigente resulta preferible soportar la experiencia del presente, que intentar (el fracaso de algunas ya es prueba suficiente del error cometido) la aplicación de anteriores medidas. Sabemos que los







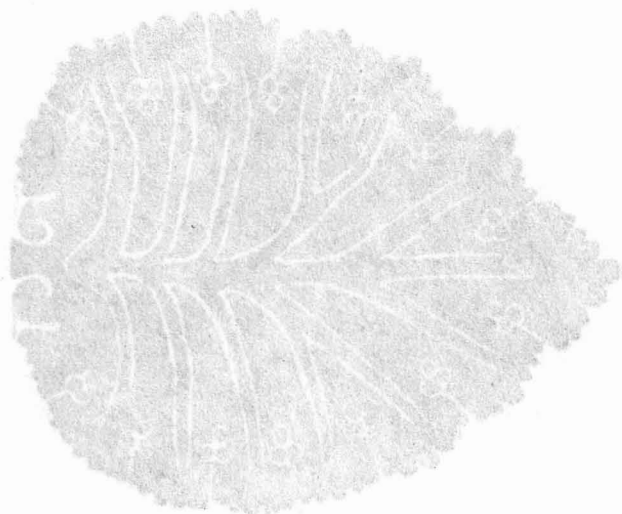
registros de la historia no se hacen de emociones, sino de razonamientos, pero también sabemos que los hechos que hacen la historia son hechos pasionales que trastornan lo establecido para realizarse. Estamos al tanto de cómo los caminos de la salvación constituyen, para el ser apasionado, caminos vírgenes, nuevos, rutas aún no recorridas. Si el ser de pasión es capaz de negar lo establecido, asimismo puede darse el lujo de iniciar la marcha, auténticamente, o bien de permanecer convencido, justificadamente, de que sus pasos son los primeros que se dan en el terreno que él pisa, de que su actitud es comienzo, punto de partida, origen, idea rectora, "cero hacia adelante". Por eso, ante la rebeldía de los amantes dominados por las fuerzas de la pasión, o ante el apasionado revolucionario, los observadores se escandalizan evocando las formas más sutiles del amor y aduciendo cada una de las leyes morales para contrarrestar el efecto. Ven, en los posesos del amor-pasión, una guerra de hostilidad e indiferencia hacia lo establecido, nuevamente una defección de ángeles rebeldes.

El amor-pasión constituye el primer enfrentamiento, la "oposición" original a la naturaleza. El hombre se caracteriza en la creación por este afán de enfrentamiento, mas no porque así lo decida, sino porque la constitución de su ser biológico exige este camino. En algunos animales nos sorprende su incipiente capacidad de pensar; en el hombre, su tendencia primitiva a sentir y luego a pensar. La pasión no es otra cosa que el flujo fundamental del cuerpo. Es el punto que inicia la energía del razonamiento. El hombre es el animal más la habilidad de trascender a la naturaleza, el ser biológico primario más la intensidad de la pasión. La pasión es parte de su ser original en cuanto que se refiere a estados básicos hasta la fecha desconocidos. En este sentido la humanidad puede expresarse en una fórmula que ha asustado a los que recientemente defienden las abstracciones religiosas del siglo XX, pero que sintetiza la actitud histórica del hombre: la humanidad es naturaleza más pasión. La fórmula no ha sido aceptada sin escarmiento filosófico, pues sus vínculos con la razón no quedan tan claros en un principio: lo importante en el plano histórico no es ni será la pasión como energía, sino las manifestaciones de su existencia. Y, en última instancia, ni siquiera todas sus manifestaciones, sino la más importante, aquella en la que culmina y vuelve a comenzar cualquier ritmo vital: la inteligencia.

El primer signo de libertad del hombre es su ser biológico, su ser físico. Su cuerpo representa una especie de voluntad de la naturaleza, ya que en él se hallan los órganos que configuran (en donde se localiza) la capacidad más desarrollada

de las especies terrenales: la de pensar. Si esta capacidad, esta cualidad, alcanzada por el hombre a través de graves y profundas revoluciones, fuese la más desarrollada del universo; si la inteligencia no pudiese ser hallada sino en el hombre, entonces el hombre sería (aunque es posible que llegara a serlo sin menoscabo de otro tipo de cualidades inherentes a otros cuerpos extraterrestres) voluntad del universo. La brecha abierta al hombre por su inteligencia no ha sido, a pesar de lo que afirma la historia de la vida sobre la superficie terrestre, tan grandiosa como se cree. La inteligencia y sus aplicaciones no tienen límites, pero la prueba de este camino al infinito no lo señala la propia inteligencia, ni siquiera la suma de los razonamientos que configuran la filosofía, sino la pasión, energía tras la cual se esconde la clave del desenvolvimiento de la humanidad. El devenir no transcurre en la forma manifestada por cada filósofo en su época, sino en la totalidad de la energía desplegada por sus propias pasiones, pues al entenderlas, el filósofo las expresará de manera comprensible. Ya la noción moderna de humanismo ("Vivir totalmente sólo por sí mismo": Sartre) conlleva la posibilidad de que la razón, encauzada hacia lo humano, asuma un destino presentido en la intensidad y en la verdad de una fuerza oculta que nutre las vías del raciocinio. Y esta fuerza es la sinrazón de la razón: la energía pasional. Por otra parte, la cultura específica de cada época histórica, sintetizada en el pensamiento de los prohombres, de los elegidos, se presenta a la comunidad, al grupo, a la masa como una simultaneidad, o sea como una suma de valores culturales concretos, como un fenómeno al que convergen los logros de la humanidad hasta esa fecha (el presente). Por tanto ante la cultura, como ante el arte y el amor, se plantea la misma pregunta: ¿qué valor posee la experiencia del grupo si no se determinan las tendencias de su pasión ante un objeto o una experiencia específicos?

La contemplación del hombre hacia él mismo (Häberlin) presupone la excitación de la misma energía, pues en el ser humano las distintas formas en que se manifiestan, aunadas, razón y naturaleza, inteligencia e instinto (miedo, emoción, felicidad) constituyen aspectos de una fuente original de intenciones y sentidos, en una palabra: de signos. Cambian las conclusiones si cambia el sujeto: un "yo amo" es diferente a un "él ama". Sin embargo, el común denominador (energía, tendencia) queda referido a la pasión, convirtiéndose éste, bien en explicación última (en la que el sujeto pierde vigencia), bien en puente o vínculo fundamental (el yo-tú buberiano). Cuando la pasión se considera "absoluto original", los grados de la emoción concreta quedan explicados: la razón o la esté-



tica podrán aprehenderlos, pues de la noción de absoluto es fácil trasladarse al análisis mediante el método y la fórmula. Si las consideraciones más importantes de la filosofía y las ciencias contemporáneas desembocan en la certeza de que al hombre lo mueven fuerzas distintas de las de la razón, la energía (pasión) resulta comprensible incluso históricamente. Aun las fases históricas que se expliquen con pormenores a la luz de la razón, no pasarán de ser meras anécdotas al ser analizadas en términos de pasión. Y el hombre, de la experiencia, entresaca su filosofía, su disposición ontológica, no su descripción fenomenológica.

El absoluto "amor" se repite para y en los seres de pasión. Cada nuevo encuentro los hace conscientes de una imagen maravillosa: se vive la vida varias veces. La muerte también se multiplica y en cada recodo del tiempo, cuando sobreviene el milagro de redescubrir la pasión, creen hallar nuevos signos del eterno absoluto.

En sentido estricto, la pasión sólo es intensidad. De ahí que el ser de pasión no crea en las gradaciones del afecto. De ahí también que el único absoluto, repetido hasta la inteligencia o hasta la muerte, sea el de la existencia intensa. Cuando el objeto de pasión es el arte, o una actividad, fenómeno o ser inanimado, la pasión se transforma; los límites se cierran, ya que el objeto de nuestra obsesión no cambia por sí mismo, sino que, alterada su naturaleza por la energía del ser de pasión, parece nacer una y otra vez al amparo de la sombra nuestra. Cuando se trata de una persona, nos satisfacemos en adjudicarle las cualidades que refleja nuestra energía, y una vez desvanecida nuestra pasión, buscamos al antiguo objeto de nuestro amor para convencernos de que existíamos, alrededor de él, con esa misma intensidad que hoy consideramos recuerdo apenas, sueño. Es decir, nuestro antiguo objeto de pasión no dejará jamás de ser objeto de interés, pues de su credulidad ante lo excepcional alimentaremos nuestra razón, con su conocimiento del milagro mediremos nuestra capacidad de vivir al margen de la vida, en un universo propio que se parece a la muerte.

Ante cada nueva aparición, el universo se oscurece. La realidad inferior y la superior se confunden. Se vive en un bloque de hielo y las miradas no logran traspasar sus límites. Nos sentimos dentro del ser amado, prisioneros de un absoluto que percibimos concreta, fríamente, pues nuestros pensamientos se hacen cómplices de la obsesión y se desenvuelven en un ámbito nuevo y limitado. Sabemos qué sufrimientos nos esperan, pero los preferimos a la estéril espera, a la soledad

sin vibraciones. De pronto, experimentamos una maravillosa zozobra. La cárcel que nos circundaba cae a nuestros pies. Fuimos propiciadores del milagro: fuimos capaces de evocar-lo en abstracto y un nuevo objeto de pasión apareció ante nuestra vista. Sabemos perfectamente que se cumple nuestro destino, que ya no importan las formas en que el amor se hace y sigue siendo vida. En el fondo, la alegría también es pena; lo presentíamos: el ser de nuestra pasión evocará nuestra muerte y el objeto, la comunicación apartada, el aislamiento, la palabra, la mirada congelada, se apoderarán nuevamente de nuestro cuerpo. La única certeza que nos queda se refiere al cumplimiento de una premonición. Lo absoluto se repite una y otra vez, antes y después: los reflejos del espejo opaco marcan los límites del camino que debemos recorrer, de la ruta ineludible. Nos hallamos más cerca que nadie de la noción de totalidad. Estamos muertos otra vez, aunque sabemos que habremos de reconocerlo sólo cuando la deseada figura se halle junto a nosotros definitivamente y sea nuestra posesión exclusiva.

No nos es dado escoger nuestro objeto de pasión. De la intensidad de nuestras emociones, de la vibración constante, de la zozobra maravillosa transitamos a la inteligencia implí-







cita, pero no al razonamiento, de la misma manera que los seres puros se regodean en la contemplación sin llegar a definirla. Podemos evocar, sí, pero no describir. No hay secretos por descifrar cuando sobreviene la aspiración del objeto: allí está y ya. Nosotros sabíamos que vendría, pero carecíamos de datos acerca de su naturaleza; desconocíamos el lugar y la fecha exactos. No sabemos qué hacer ni qué decir. Cuando mucho analizaremos su respuesta a nuestros impulsos, mas no dominaremos el fenómeno mediante reflexiones. No manipularemos. Las características de nuestro objeto, según percibimos, son las mismas imágenes que llevábamos dentro y que ahora se solidifican en él, pero antes estas imágenes no eran claras ni convergían hacia un objeto que a nosotros nos era dado señalar. ¿Para qué buscar explicaciones y vivir en ellas, si consideramos que la aparición constituye un milagro ante el cual nos sentimos conformes?

Si razonásemos nos acercáramos a la perfección, o sea a la adquisición de la capacidad fundamental, la más codiciada de las habilidades: poseeríamos el arte de describir los milagros. Todas las ciencias existen a favor y en servicio de este arte. Tendremos potestad sobre las fuerzas ocultas y sobrenaturales, sobre lo desconocido; dominaremos a la muerte. Sabremos, además, cómo escoger nuestro próximo objeto de pasión. Nuestro poder de concentración se hará tan intenso como nuestra zozobra, alimentado de la energía de las vibraciones. De la misma manera que hay seres que al decir las mismas palabras, las mismas frases que pronuncia el común de la gente, las impregnan de una suavidad, de un tono, de un significado especiales, así también nuestras vidas serán distintas, excepcionales. El ser de pasión es siempre el artista de la existencia; su "devenir" en el mundo de los humanos pende de un hilo, pues a la vez que se convierte en revelador de claves, en objetivizador práctico y buscador de lo absoluto, así puede convertirse también, de un momento a otro, de un mundo a otro, de uno de sus objetos a otro, en el perseguidor de la muerte o de la nada. Hay una cualidad en las más notables figuras inventadas por la literatura, la pintura y las demás artes que parece concederles el don de manifestar en una frase, en una mirada, en una nota musical, la sabiduría del universo. Y es en la búsqueda de estas manifestaciones, en este desfile de "verdades eternas", de absolutos, donde el ser de pasión se busca a sí mismo. El ser de pasión, por tanto, es siempre perseguidor de lo inasible; su actitud aporta enseñanzas a los demás, incluyendo a quienes ante su contacto se aterrorizan y huyen.

La perfección alcanzada por los perseguidores del absoluto

repetido es un estado que se acerca a la muerte, pues no hay en el presente formas de vida que justifiquen tales actitudes. Intentar ahora la vida del mañana, aplicarla en todas sus magnitudes, significa oponerse a lo que los demás se aferran. Los precursores, por su indiferente audacia, pueden caer asesinados en cualquier momento, ya que su infamia no es una infamia aceptable. Resulta más trascendente para ellos, por lo menos más saludable, atenerse a las reglas de la época: traducir la pasión en obra de arte y dejar que el futuro detecte lo que de verdad absoluta quedó en la expresión concreta. De otra manera se cortarán los hilos de la trama histórica y el absoluto no prevalecerá en la repetición de las formas, sino que morirá sin haberse convertido en signo de revelación. En realidad, cada nueva generación no toma sino lo que de intensidad puede ofrecerle la que le precede. Sin embargo, el auténtico ser de pasión no mide distancias en el tiempo o en el espacio y sabe que aquello, ejemplar para los hombres del futuro, es locura para los que viven y piensan en términos de actualidad. No gratuitamente los jóvenes de hoy se oponen a fórmulas y definiciones que han hecho estériles al pensamiento y a las formas de vida actuales. La intensidad de los seres de pasión vegeta secretamente en las manifestaciones del arte y de la ciencia, pero asimismo en las consignas que sacuden, a veces durante siglos enteros, a las estructuras filosóficas, religiosas y políticas. ¿Qué es, sino pasión colectiva, la intransigencia de las masas ante tal o cual signo de opresión? ¿Qué es, sino suma de pasiones, lo que hace que se definan los derroteros sociales y culturales de un pueblo en periodos históricos específicos? ¿Qué ha de hallar el pensador o el dirigente si no la pasión, al tomar las cosas por la raíz e indagar en la raíz del hombre, que es el hombre mismo?

El absoluto debe multiplicarse, repetirse para ser realmente absoluto, de la misma manera que la verdad absoluta no es absoluta en ausencia de las verdades relativas que la construyen. La pasión repetida conduce a la perfección cuando nutre a la inteligencia de esos elegidos (artistas, pensadores, científicos, dirigentes, trabajadores, amantes) que no imponen límites a sus pasiones. La inteligencia permitirá que sobreviva sólo el exceso natural de la pasión, mas no el sobrenatural exceso que conduce a una eterna indiferencia y que produce ese tipo de perfección que, a fuerza de manifestarse, brota y desaparece sin que la conozcan los demás.

El viraje desesperado, la vibración histórica, se hace infinitamente más importante, para el destino del hombre, que la relación escueta de los hechos. La especie humana, por tanto habrá de perpetuarse en la expansión de la razón y no en



la razón misma, mas no gracias al grado de desarrollo que la razón alcance, sino a su capacidad para apropiarse de los bienes que le ofrece y proporciona la pasión, su impulso original y primario.

La esencia del ser es la razón, pero ésta no fluye a la realidad como un asombroso don salido de la nada, sino que proviene de la naturaleza misma, del impulso-matriz que es la pasión. Si en las más altas manifestaciones del espíritu se separasen sus componentes, quedarían ante nuestra vista, haciendo a un lado lo anecdótico-histórico, muestras de los elementos que, por sí mismos, aislados, adoramos y reprendemos: la pasión y la razón. La primera es la secreta intensidad de la segunda, *eso* que descubrimos en las claves secretas que manipulan los grandes literatos y los grandes pensadores. La segunda es la forma, el elemento continente, la frase, la explicación de la cual arranca nuestra visión del mundo. Si la razón nos ha permitido crear un pensamiento, un símbolo, una imagen del hombre, la pasión nos ha dado potestad para ir más allá de lo creado: decir pasión significa reconocer un impulso natural que permite a la razón entender y aceptar el destino de la muerte. La vida biológica en todas sus formas y la vida espiritual en todas sus formas tienden a la muerte; a la muerte objetiva en el primer caso y a la muerte histórica en el segun-

do. Pero garantizamos la supervivencia de nuestra estirpe si destruimos al infierno de la incredulidad y al paraíso de los bienes morales, si llegamos al estado de las vibraciones constantes. "El hombre —dice Marcuse— puede morir sin angustia si sabe que lo que ama está protegido de la miseria y el olvido." ¿Por qué no inducir a nuestros objetos de pasión a que transiten con nosotros al mundo de la realidad superior? ¿Por qué no entender nuestros impulsos originales y alcanzar la perfección a través de la inteligencia?

Si nos abrimos a la pasión nos abrimos al lenguaje y nos abrimos también a la existencia. Estaremos haciendo lo que hoy por hoy comienzan a hacer los jóvenes, para los que la oposición a lo establecido, a lo caduco no significa otra cosa que existir. Por eso ellos inventan, hoy por hoy, nuevas formas de comunicación y de lucha. Y ellos poseen, asimismo, la clave del secreto de la realidad superior: amar no es ya un problema, pues la comunicación es un acto de amor, una avanzada de nuestros impulsos en y hacia la realidad superior. Si nos abrimos, como los jóvenes, a la existencia, nos abriremos a la inteligencia, que es el mejor de los objetos que podríamos escoger para satisfacer las opresiones de nuestra pasión. Estaremos reconociendo con el viejo Mauriac que "la generación actual es terriblemente inteligente".

